

Una experiencia de cuerpo: des-aprender a enseñar

Karen del Rocío Roblero Espinosa

Soltar la constricción del *deber ser*: un cuerpo constreñido. En los espacios pedagógicos este “deber ser un buen docente” encamina, no sólo a los seres que se están “formando”, sino a quienes los “forman”, a que el conocimiento se coloque del lado del autoritarismo. Como decía Eduardo Galeano, pareciera que desde esa posición se tratara de imponer la cultura y civilizar a otros, los que no saben y deben ser educados por el camino del bien.

Hace no más de un año, comencé a acompañar procesos de aprendizaje a jóvenes llenos de sueños, sueños bordados a mano, sembrados, sueños de milpa, de masa torteados a las 5 de la mañana, colgados de las montañas que recorren día a día, sueños coloridos, hambrientos y uno que otro cansado. Algunos, aún no se descubren o se piensan pesadillas. A veces cuesta dormir por la incertidumbre, por la angustia y la premura, así que a los sueños se les deja en los párpados recargados, a la espera del descubrimiento. Son jóvenes que desean tener un contacto más humano con la tierra, que se han interrogado sobre su *estar* en un Bachillerato en lugar de estar labrando la tierra, trabajando, cocinando para una familia, o bien, procreando, formando una familia.

KAREN DEL ROCÍO ROBLERO

Practicante del psicoanálisis y acompañante de procesos educativos. Integrante de las colectivas docentes del Bachillerato Comunitario y Maestría en Pedagogía y Orientación Educativa, de Moxviquil

Se interrogan y me interrogan sobre la importancia de los títulos educativos a sabiendas de que el dinero es necesario y de pronto la colocan como su primera o única aspiración. También hay quienes quieren compartir lo que han aprendido, quienes quieren *transmitir su deseo de saber* a otros como ellos, jóvenes, o a su familia, compartir el anhelo de construir otras maneras de vivir.

Uno de sus logros –de muchos otros- ha sido culminar el primer semestre de su Bachillerato, ante la incertidumbre del “poder” hacerlo o no. Lo lograron desde el re-conocerse y tomar responsablemente –algunos aún están aprendiendo de ello- su estar en el espacio pedagógico.

Lo anterior me ha confrontado acerca de situaciones de repetición social en lo que al área de la educación refiere. Esa es una cuestión que no puede abordarse más que del uno por uno, con cada alumno y cada acompañante de procesos de aprendizaje. Ya desde 1914, Freud enunciaba que es necesario recordar, hacer memoria, para no repetir. Para no intentar gobernar a través de la *educación*, es necesario ESCUCHAR-NOS.

Partiendo entonces de un movimiento epistémico, considero que no se trata de educar a quienes acompañamos, sino dejarse enseñar por ellos durante sus procesos de aprendizaje. En sentido dialógico, tanto nosotros, acompañantes, aprendemos cuando transmitimos el deseo de saber a ellos, quienes aprenden enseñándonos.

Por tanto, los métodos de aprendizaje no pueden considerarse sin lo anterior y sin las personas que desean, a través de su experiencia personal, construir un conocimiento para sí mismas. Es por ello que comenzaré por el aprendizaje que he obtenido como facilitadora del Bachillerato Comunitario Moxviquil en los últimos meses. Facilitar no es, en definitiva, fácil, por lo menos para quien pone el cuerpo en dichos procesos. Para aquellos que hemos aprendido a través del cuerpo y de las emociones que le atraviesan.

Una experiencia que enseña

Yo: mujer, compañera, alumna y acompañante de procesos de aprendizajes. Me vi, en retrospectiva, con el cuerpo temblando, silenciado, ignorado, señalado. Había cometido *un error* en una actividad grupal en mi proceso de aprendizaje. Silencié a mi compañera con mi voz. Mi cuerpo, se retractó de inmediato. Pero el acto no tenía vuelta atrás. Había una responsabilidad del uso de mi voz, pero ¿quién escuchó después sobre mi actuar? ¿quién escuchó esa voz que decía *otra cosa*?

*De chica me decía esta es la forma
correcta de andar y dirigirme a quien tuve
delante...*

Silencio ante la autoridad, réplica autoritaria por miedo al error del silencio –de nuevo-. Esta paradoja se hizo visible en múltiples des-encuentros durante mis procesos de aprendizaje. De ser la alumna sumisa, callada y obediente durante los primeros grados escolares a ser la joven que cuestionaba cada devenir certeza y conocimiento llano. Esos des-encuentros me llevaron a tomar la firme decisión de no querer seguir siendo parte de la academia. Sin embargo, hasta ahora, voy dando cuenta de que la academia, sigue siendo parte de mí. La represión está en el cuerpo, en el dolor, en la contractura, en los temblores sin aparente razón, en el miedo que permea el acto de arrebatamiento, en el silencio y en el silenciamiento. La represión habitando mi cuerpo como una especie de paradoja. Arrebatarse la palabra a otros. El abandonar la academia como alumna me condujo a la decisión, no cuestionada –en ese momento-, de transmitir el deseo de saber en espacios en donde la educación era para quienes se “escapaban” del sistema, de la norma. Pues si bien, como lo rescata Freire: “no hay práctica educativa que no esté envuelta en sueños (...) que no involucre valores, proyectos, utopías” (2003, p. 43).

Sin embargo, ante esta apuesta por mi Hacer de diferente manera, no se cuestionaba ese otro Ser en mí, que, permeado por disciplinas dogmáticas, no me permitía declinar.

¿Cuáles son los factores que favorecen y dificultan los procesos de aprendizaje en esas personas?

Lo anterior se sostuvo de alguna manera ante las demandas de las instituciones subsiguientes en las que seguía laborando como “quien enseña a los demás”. Sin embargo, cuando comencé a abrir los ojos al sueño genuino –ahora como acompañante de procesos educativos- pude percatarme que uno de los obstáculos de transmitir el deseo de saber era que no causaba ese deseo de querer saber más, debido a que lo saturaba en el momento de brindar toda la información como si aquello fuera lo único importante: la repetición de los **objetos cognoscibles** sin que pasaran por el cuerpo y por lo tanto en donde no estaba haciendo responsable a los jóvenes de ese proceso que en realidad era suyo y que yo únicamente estaba acompañando.

Ahora, aligerando mi angustia del “no saber” puedo percatarme que de lo que en realidad se trata es de “desafiarlos en el sentido de que ellos participen como sujetos de su propia formación” (Freire, 2003, p. 43) y eso no es sin hablar y hacerse cargo de lo que se enuncia. Había/hay algo que ha sostenido, de alguna manera, ese quehacer en el aula y que no lograba reconocer del todo: **escuchar**. Cuando hablo del no reconocer, se trata de mí, de no escuchar, de nueva cuenta, mi voz en el intento de opacarse por la voz del deber ser. ¿Cuál sería la razón objetiva de escuchar a los alumnos en el sistema educativo tradicional?

Bien, a partir del “me doy cuenta de...” *elaborando la experiencia del estar juntos (sustraído del pensamiento de Benjamín Berlanga)*, me permitió escuchar los cuerpos de los jóvenes. Escuchar su expresión gestual, sus movimientos, su postura física, cuando lo que enunciaba ya no tenía sentido para ellos. Ahí, reconocí que lo que me solicitaban: “Nos gusta más hacer que la explicación”, “nos gusta conectar con la naturaleza para aprender mejor”, “nos movamos más, así entendemos mejor” era la brújula y lo que, por tanto, me hacía dar cuenta de

que no estaba tan disparatada mi propia manera de aprender desde niña: a través del cuerpo —no sin las emociones, por eso el temblor del silenciamiento—. La tarea de escuchar y de brindarles la responsabilidad de la experiencia del aprender a conocer, desde donde ellos se sitúan, para ubicar esos objetos cognoscibles como propios no ha sido tarea meramente fácil, lo que sí, es que ha sido maravillosamente enseñante. En un inicio mi palabra estaba siendo una muralla para que ellos comenzaran a escuchar su propia voz. Así pues, tomando en cuenta que el aprendizaje es un proceso personal, parecía que estaba envuelta en un proceso personal mío, en la repetición de aquello que de niña me quitó la voz: el autoritarismo. Las relaciones de poder se transmiten a aquellos que las vivencian en carne propia. Es una herencia que si no se cuestiona se convierte en un dolor en las lumbares al caminar hacia otros caminos posibles. Causando la imposibilidad de encontrarlos y en una de esas quedarse in-válida, en el intento de perseguir el sol, ante el tropiezo con la voz propia.

¿Qué necesito tomar en cuenta para favorecer los aprendizajes significativos de las personas?

Así que reorienté: para favorecer los aprendizajes significativos era necesario tomar en cuenta que son personas con su propia capacidad de aprender, incluso más allá de lo que podría enseñarles yo. Y que mi papel era principalmente orientar eso que ellos quieren construir como conocimiento para sus futuros, para construir sus sueños.

Remamos, con la cara contra el viento
con la valentía delante
con un pueblo entre los dedos.
Remamos, con un nudo,
aquí en el pecho
soñando que al otro lado
se avecina otro comienzo.

Re-sonar me responsabiliza de eso, del sonido/voz que emito y del acto de enseñar- aprender.

El prefijo “re-“ tiene la utilidad de modificar el significado de las palabras. La palabra repetición, por su lado, indica que algo vuelve a hacerse como una insistencia de acto, una reiteración de lo mismo. Así, comprender que re-hacer implica hacer de nuevo, no hay repetición ahí, se comienza de cero, como en el caso del re-sonar, volver a sonar, buscar un sonido nuevo, quizá. No es un volver a sonar de la misma manera.

Y me quedé bajo la lluvia, aunque la voz
se canse total, es lo único que queda
que no se ha quebrado

Arrebatarse la voz de otros es asunto con la voz de una misma. Es pues, como decía anteriormente, una delicada responsabilidad de enunciación, tanto de lo que en palabra se articula, como de lo que irrumpe cuando la voz se hace escuchar. Esta experiencia que rescato como alumna/compañera es necesaria porque eso me hace cuestionar de nueva cuenta –como cada vez- mi labor como acompañante de procesos de aprendizaje: ¿Qué hay en mi voz cuando acompaño que puede repetirse y silenciar o bien cómo me permito re-sonar para aprender durante el proceso de enseñanza?

En este sentido, es importante *recordar* que, en tanto adultos, nos la pasamos el resto de la vida tratando de silenciarnos –a nosotros y a los otros- con el “no llores”, “no grites”, “no digas esto o aquello”. Sin embargo, parafraseando la propuesta de Freire: es necesario aprender a escuchar, debido a que es escuchando como aprendemos a hablar. No puede hablar bien quien no sabe escuchar (Freire, 2003, p. 44). Por lo que, al enseñar, es necesario escuchar la voz de las personas que quieren aprender, y eso “aprender a escuchar, implica no minimizar al otro, no ridiculizarlo” (2003, p. 45).

Recuperando la voz en dos momentos que se diferencian por una delgada línea: alzar la voz no es lo mismo que tomar la palabra. Alzar la voz es del orden del grito, de lo que queremos que se escuche de manera imponente y tomar la palabra es hacer de ella un decir orientado, decir para hacerse escuchar.

Por tanto, este es el aprendizaje que he obtenido con los jóvenes y con la experiencia-cuerpo desde niña: las palabras que se enuncian, en tanto responsabilidad que se tiene de quien las dice como también la hay, dentro de un espacio-tiempo pedagógico de quien escucha, para saber el porqué de esa enunciación –incluso saber por qué lo hacen de tal o cual manera-. Recordemos que hay otras maneras de hablar y el acto es también una manera de enunciar las violencias vividas, de las cuales, en ocasiones ni siquiera somos conscientes de ellas. No se trata entonces de asumir ni interpretar el acto y lo que dice el otro, sino saber el porqué de ese acto convertido en palabra.

Quizá, ahora, en retrospectiva, puedo decir que el temblor que invadió mi cuerpo y el dolor en las lumbares posterior al señalamiento, únicamente, de mi error, se debió a la falta de este segundo momento: que alguien escuchara ¿por qué lo hice? Que alguien me lo interrogara de la buena manera. Lo anterior no anula el error, pero lo cuestiona y eso hace poner en juego también la experiencia en tanto alumna como el aprendizaje que puede sustraerse del acto equivoco.

Considero necesario, a partir de ello reivindicar el derecho a sonar, pero sobre todo a re-sonar. Cada sonido-voz como un aprendizaje continuo. Como un sonido nuevo cada vez. Sin olvidar que el Saber sonar implica saber escuchar, saber guardar silencio y decir de manera orientada para hacerse escuchar: “Este desarrollo del ser humano, que va del nacimiento al fin de la vida, es un proceso dialéctico que comienza por el conocimiento de sí mismo y se abre después a las relaciones con los demás” (Delors, 1994, p. 8). Eso se sostiene pues, del diálogo, tanto de las personas que quieren aprender como de quien orienta la enseñanza, escuchándose.

Del deber hacer y ser al saber hacer y ser

¿Cuáles son las diversas formas de aprender que tienen las personas que acompaño en su vida diaria? ¿Cuáles he tomado en cuenta y cuáles no?

Les jóvenes a quienes acompaño en sus procesos de aprendizaje me han orientado por su manera de hacer y ser, a ubicar el aprender a conocer. Sostener la idea de que el aprendizaje pasa por el cuerpo era una idea que se construyó en mi desde algunos años atrás, sin embargo, las demandas institucionales me convocaban a una constante dificultad del aprender a vivir junto a los otros y conmigo misma desde esa posición. Parecía que había que marcar las diferencias del conocimiento, el hacer, el ser y el estar con otros, porque ¿cuál era la intención de convivir con los alumnos, sin la necesidad de la apariencia del deber ser un docente respetable?

Sin embargo, me percaté al instante del encuentro con los jóvenes de que había semblantes que podían irse dirimiendo, cual máscara cayendo, mi cuerpo estaría entonces también ahí presente ¡por fin! en el espacio-tiempo pedagógico, lo cual implicaba, una especie de dialogización del conocimiento, una co-construcción.

“Nos gusta más hacer que la explicación”, “nos gusta conectar con la naturaleza para aprender mejor”, “nos movamos más, así entendemos mejor”, fue un reto en primera instancia. Aunque desde la formación profesional conocí diversos tipos de aprendizaje, en mi persona seguía la voz de Otro en el “hacer bien” las cosas para sostener la imagen del que enseña.

Así que los tipos de inteligencia corporal-cenestésica, interpersonal y naturalista, me habían conflictuado un poco en mi quehacer como acompañante. Ellos quienes me intentaban re-orientar a mí para poder hacer el aprendizaje significativo –no sólo para ellos- cuando sus cuerpos me hablaban durante las sesiones en las que pretendía que el conocimiento fuera primero.

Se trataba, ahora comprendo, de comenzar a escuchar-me y a partir de ahí dar una especie de desplazamiento epistémico: experiencia personal antes que los objetos cognoscibles (no sin ellos). Los jóvenes a los que acompaño, saben mucho mejor que yo, que es lo que necesitan cuando me orientan en la práctica de la materia. Lo cual me hace sostener la propuesta freireriana: “cambiar la academia, ponerla al servicio del pueblo” (Freire, 2003, p. 37) cuando ellos me hablan de la manera de apropiarse del arte para convertirlo en otra cosa, en una ayuda económica, en un cuento, en el cuerpo vivo entre la naturaleza, en fin, lo que sus sueños permitan, habla sobre el querer hacer con el conocimiento que construyen con sus compañeros y conmigo en el espacio-tiempo pedagógico.

Eso implica de nueva cuenta, escuchar desde experiencia de cada uno de ellos qué necesitan para sostener sus procesos de aprendizaje, ello a partir de las palabras de Eduardo Galeano: culto es aquel capaz de escuchar al otro. Escuchar las voces de la naturaleza del que forma parte.

Lo importante es que la persona se responda a sí misma a partir de la orientación que le dan. Eso no quiere decir que no hay un abordaje de los objetos cognoscibles, sino más bien que estos se identifican en retrospectiva, una vez que el saber sobre ellos, ha pasado por la experiencia de cuerpo. Entonces, la articulación de la experiencia con el conocimiento es un proceso de aprendizaje en donde el cuerpo se ve inmerso y por tanto es una experiencia significativa.

No es extraño, que aprendamos tan bien a temer y a silenciarnos. es un adoctrinamiento que a travesado nuestros cuerpos y que, a partir del interrogarnos y recordar, podremos salir de ello, por lo menos intentarlo al hablar, pero, sobre todo, al escuchar-nos, tanto a quienes acompañamos como a nosotros que seguimos siendo nuestra propia compañía, desde la infancia:

De grande me costó a tropiezos, poder
darme cuenta que había que volver a ser
niña y desenseñarme.

Permitirnos la incomodidad. Es lo que nos va hacer movernos de donde estamos. Por tanto, para no quedarme de nuevo in-válida, temblorosa y silenciada, afirmo lo siguiente una y otra vez: Mi papel como facilitadora de procesos de aprendizaje es:

1. Re-sonar
2. Escuchar
3. No imponer
4. Dejarme enseñar
5. Orientar, no educar.
6. Transmitir el deseo de saber
7. Recordar: El aprendizaje pasa por el cuerpo.
8. Saber hacer-saber convivir con otros (eso implica no anular a otros)
9. Interrogar mi quehacer desde el "me doy cuenta de...": reconocer que también en mí se han escrito otras maneras de ser.
10. Aprender a ser una y otra y otra vez a partir del RE-SONAR.

Referencias bibliográficas

- Delors. Jacques (1994). "Los cuatro pilares de la educación", en La Educación encierra un tesoro. México: El Correo de la UNESCO, pp. 91-103.
- Freud, S (1915). "Recordar, repetir y reelaborar" en Obras completas, tomo XII, Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Freire, P. (2003). "Elementos de la situación educativa" en El Grito manso. Buenos Aires: Siglo XXI editores.